



AYAKOARRIA

(Foto y texto de «Pakob»)

AYAKOARRIA

Sumamente agradable el caminar en travesía por esas montañas de la zona del Bidasoa, cuya belleza funde en una sola y hermosa región las hermanas Guipúzcoa y Navarra.

Porque si bello es el término de Oyarzun, lo es también el de Lesaca, unidos ambos por una carretera que pasa de una provincia a otra por el túnel de Arritxulegui, en el collado del mismo nombre al sur de Ayakoarria (Peñas de Aya), la granítica peña que mira a dos naciones.

Gris y brillante como el plomo argentífero de sus entrañas, gana en majestuosidad para quienes la contemplan desde la costa de Laburdi. Allí la conocen con el nombre de «Les Trois Couronnes», dado el aspecto triple de su testa.

Si desde Arritxulegui proseguimos la marcha dando espalda al Ayakoarria, las verdes lomas nos llevarán a la redondeada cumbre de Biandiz, que en su regazo de bosques guarda la azulada presa de Domaico, cabecera del bullicioso arroyo de Endara en cuyas hoyas se afana más de un aficionado a la pesca deportiva.

Sobre Domaico y frente al Biandiz, aunque a un nivel inferior, el monte Aguiña.

En la cima de Aguiña, allí donde fueron descubiertos viejos residuos de una civilización prehistórica, rodeado de cromlechs y dólmenes, se halla el monumento construido por el Grupo de Ciencias Naturales «Aranzadi» a la memoria del Padre Donosti, aquel fraile capuchino que en sus horas dedicadas al mundo vivió para los estudios vascos, siendo particularmente extraordinaria su aportación a nuestra música.

Una original capilla y una recia estela funeraria —que aquí vemos en el primer plano de esta vista de Ayakoarria— completan este conjunto monumental que en la solemnidad del lugar da mayor calor al recuerdo.

En el cielo, unas nubecillas decoran el infinito; y bajo esas nubes, Ayakoarria, Biandiz, Mendaur, el Pirineo navarro con su blanco distintivo de alta montaña, Gorramendi, Larrun...

En la soledad de Aguiña, roto el silencio por esa armonía que en primavera brota de la misma Naturaleza, no será difícil que nuestros corazones escuchen un himno de gloria al gran músico.

Mientras que el epitafio de su estela, en lugar de invitar a llorar el desconsuelo, nos hace cobijar en la esperanza al hacernos repetir una de sus innumerables composiciones:

«Txori kantatzalle ederra, nun ote aiz kantatzen?».